

# Jeremías 18

## El alfarero y el barro

Dayton Keesee

**D**ios había pedido que se santificara el día de reposo (17), pero Judá no oyó. ¡Con la cerviz endurecida, anduvieron en sus propios caminos, confiando en sí mismos! Dios proporcionó a Su profeta otra lección práctica. En el capítulo 18, vemos que Judá era para Él como barro en las manos del alfarero (vers.<sup>os</sup> 1–11).

Judá respondió cuando Dios siguió tratando de hacerlos entrar en razón (vers.<sup>os</sup> 12–18). El capítulo termina con la reacción de Jeremías al pueblo. El profeta rogó a Dios, tratando de darle orientación a Este (vers.<sup>os</sup> 19–23).

### EL PRINCIPIO DEL ALFARERO (18.1–11)

Dios pidió a Jeremías que fuera a casa del alfarero y lo viera trabajar (vers.<sup>os</sup> 1–3). Mientras el alfarero trabajaba el barro, este se echó a perder en sus manos, y tuvo que volver a hacer con él otra vasija, según le pareció mejor (vers.<sup>o</sup> 4).

Se había creado el marco idóneo para el mensaje que Dios deseaba que Jeremías presentara acerca de Él y de la casa de Israel. La relación de Dios con Israel era como la del alfarero con el barro. Aunque esta metáfora se aplicaba específicamente a Dios y a la casa de Israel, note que el principio que guiaba la relación se podía referir a Dios y a cualquier otra nación (vers.<sup>o</sup> 7), o a cualquier persona (porque dice: «cada uno»; vers.<sup>o</sup> 11). ¡Este principio tenía aplicación individual, nacional e internacional!

¿Qué principio era este? Cuando Dios se acerca a una persona, o a una nación, y lo hace «para arrancar, y derribar, y destruir» (vers.<sup>o</sup> 7; vea 1.10), y la víctima que está en su mira se arrepiente, entonces Dios se echa atrás del

«mal»<sup>1</sup> que había pensado hacerle a esa persona o nación. Por otro lado, si Dios ha planeado edificar y plantar una nación o reino (vea 1.10), pero este hace lo malo delante de Sus ojos, entonces Dios alterará Su plan de bendición en relación con esa persona o reino (vers.<sup>o</sup> 8–9).

Un interesante término, que significa «pensar mejor»,<sup>2</sup> describe cuán profundamente discierne Dios el titubeo de los hombres o de las naciones. En lugar de bendecirlos con bien, Dios se vengaría de ellos por lo malo que hicieran. Son numerosos los ejemplos en que Dios respondió por medio de hacer funcionar este principio declarado: Considere los casos de Sodoma y Gomorra (Génesis 13.10; 19.24–25); de Damasco (Amós 1.3–5); de Edom (Amós 1.11–12); de Moab (Amós 2.1–3); de los amorreos (Amós 2.9–16); de Asiria (Nahum 1–3); de Nínive (Jonás 3.4–10) y de otras naciones (Jeremías 46–51). Él es verdaderamente un Dios de ley y justicia (Éxodo 20.1–7; Deuteronomio 7.9–13). Es el juez justo de la tierra (11.20).

No nos vendría mal aprender las lecciones que se desprenden de esta ilustración del alfarero y el barro.

*Dios es soberano y absoluto. Por lo tanto, delante de Dios, los hombres son como barro en las manos del alfarero.* Este principio se ha cumplido en todas las

<sup>1</sup> Este término (del hebreo *ra'*) se ha usado veintiséis veces en el libro hasta este momento. Catorce veces se relaciona con las malas obras e imaginaciones de los hombres (2.13, 19; 3.5, 17; 7.24, 30; 8.3; 9.3; 11.8, 17; 12.14; 13.10; 16.12; 17.17) y doce veces con castigo infligido a los hombres (1.14; 2.3; 4.6; 5.12; 6.1, 19; 11.11, 17, 23; 15.11; 16.10; 17.18).

<sup>2</sup> Vea la definición de *nacham* en el pie de página 3 de la lección «Dios castiga, pero también consuela».

**ASUNTOS RELEVANTES. Tema:** La soberanía de Dios. **Capítulo:** Un sermón simbólico. **Gema de verdad:** 18.1–6: El alfarero volvió a hacer una vasija que se echó a perder.

eras (vea Job 10.9; Isaías 64.8–9; Romanos 9.20–33). Sin la ayuda de la Deidad, nada podría hacer la humanidad. Puede que tengamos libre albedrío; sin embargo, ¡nuestra única esperanza reside en la soberana voluntad de Dios!

*Tan necesario es Dios para que el hombre logre un fin que valga la pena en la vida como lo es el alfarero para que el barro se convierta en una vasija bien formada* (10.23; Proverbios 14.12). Somos inútiles masas de carne, y no tendríamos ningún propósito ni plan si no fuera por los factores de la misericordia, la gracia y el poder sustentador de Dios (25.33; Sofonías 1.17; Juan 15.5; Hechos 17.25).

*Así como el alfarero tenía un propósito para cada pieza de barro, Dios tiene un propósito para cada vida.*<sup>3</sup> Con la misma seguridad que el alfarero moldea vasijas de innumerables formas a partir de caprichosos pedazos de barro, Dios desea moldearnos por medio de Su paciencia, Su amor, Su misericordia y Su gracia, para que podamos llevar a cabo dignos esfuerzos. Él nos conoce mejor que nosotros mismos, y puede moldearnos según nuestras habilidades.

*El resultado del libre albedrío humano guarda paralelo con el barro que se echó a perder en las manos del alfarero* (vers.º 4; 7.18–28, 31; 19.5; 32.35; 13.10–11). Dios tiene Su voluntad ideal de lo que Él desea que hagamos y seamos. No obstante, Su voluntad permitida deja al hombre en libertad de llegar a ser sabio o necio. Es por Su voluntad Suprema que seremos juzgados (Juan 12.48; Romanos 14.9–12; Apocalipsis 20.11–15). Es porque Dios ha permitido al hombre tener libre albedrío que ha habido destrucción, fracaso, maltrato, abuso, promiscuidad, divorcio, división en la iglesia y revolución. La infinita paciencia de Dios ha continuado Su gran propósito de mantener esperanza y santidad entre los hombres.

Tal como ejemplifica el acto por el cual el alfarero tomó el barro que se echó a perder y lo convirtió en otra vasija (vers.º 4), *Dios procura cumplir Su propósito aun después del fracaso humano*. Si bien el libre albedrío del hombre puede estorbar la gracia, no anula la misericordia que permite a este ser salvado de su error. Jacob, el suplantador o defraudador, llegó a ser un príncipe con Dios, y el padre de los doce patriarcas (Génesis 27; 28; 35). Simón, un hombre que se caracterizaba por ser inestable, llegó a ser Pedro, la roca. Juan, un «hijo del trueno», llegó a ser el discípulo que Jesús amaba, y el que enseñó acerca del amor más que

<sup>3</sup> Vea Salmos 139.13–16; Jueces 13.3–5; Eclesiastés 12.7; Isaías 44.24; 49.1–2, 14–15; Jeremías 1.5; Zacarías 12.1; Romanos 9.10–16; Gálatas 1.15.

cualquier otro autor neotestamentario.

*Cuando un hombre arrepentido deja de ser rebelde, Dios deja Su ira y Su intención de castigo para dar cabida al perdón y a la comunión celestial* (vers.ºs 7–8; 29.10–14; vea 2ª Pedro 3.9; Joel 3.9–17; Daniel 9.2–23). Es de este modo que Dios nos hace libres.

Si nosotros nos volvemos a Dios por medio del arrepentimiento y nos volvemos la clase de barro que lleve dentro de él la sensibilidad particular para responder al toque de Dios, entonces podemos abandonarnos a Su misericordia. Él nos moldeará para darnos esa forma por la cual estaremos aptos para el servicio del Maestro.<sup>4</sup>

*Cuando un hombre deja de ser obediente y se vuelve rebelde, Dios deja de ser Padre y deja de tener comunión con él, para enviar castigo y dolor* (vers.ºs 9–10).

Las promesas de Dios están tan condicionadas como sus amenazas. No sería justo ni misericordioso para nosotros que Dios continuara sin disminuir sus favores después que nos alejáramos de él. La eliminación de estos constituye una saludable advertencia para nosotros. Es algo que nace naturalmente de la relación personal de Dios con los suyos, relación que depende de la mutua comprensión. Por lo tanto, es vano presumir que debido a nuestra experiencia de la bondad de Dios en el pasado, ahora seremos inmunes a las consecuencias de pecados cometidos posteriormente, como también es vano suponer que, una vez alcanzada una deseada condición de paz con Dios, esta no se puede perder jamás. Puede que la perdamos, y puede que nos lleguemos a encontrar en peor condición que si jamás la hubiéramos alcanzado (He. 6.4–6).<sup>5</sup>

Las anteriores verdades sobre los tratos de Dios con las personas y con las naciones, verdades que invitan a reflexionar, deberían llevarnos a expresar nuestra sumisión a Dios, tal como Adelaide Pollard lo hizo en las siguientes palabras:

¡Haz lo que quieras de mí, Señor!  
Tú, el Alfarero, yo el barro soy.  
Dócil y humilde anhelo ser;  
Cúmplase siempre en mí tú querer.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> D. Young, *The Pulpit Commentary* (Comentario del púlpito), vol. 11, *Jeremiah, Lamentations* (Jeremías, Lamentaciones), ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 1:455.

<sup>5</sup> T. K. Cheyne y W. F. Adeney, *The Pulpit Commentary* (Comentario del púlpito), vol. 11, *Jeremiah, Lamentations* (Jeremías, Lamentaciones), ed. H. D. M. Spence and Joseph S. Exell, (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 1:446.

<sup>6</sup> Adelaide Pollard, “Have Thine Own Way, Lord” [«Haz lo que quieras de mí, Señor»], *Songs of Faith and Praise* [Cánticos de fe y esperanza], comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishers, 1994).

## LA RESPUESTA DE JUDÁ (18.12-18)

El llamado que hizo Dios a Judá en el sentido de arrepentirse, ¡fue recibido con un «Es en vano»! Esto es lo que decían: «seguiremos nuestros propios planes» (vers.º 12; NASB). Cada uno estaba empeñado en hacer «el pensamiento de [su] malvado corazón». Esta expresión es un reflejo de la actitud que constantemente caracterizó a Judá (3.17; 7.24; 9.14; 11.8; 13.10; 16.12). No obstante, la situación de ellos no era imposible.

No es este un estado de ánimo de pesimismo, sino de insolencia. Los dirigentes advierten al profeta que es en vano que él siga tratando de convertirlos. Esto es lo que están diciendo en el versículo 12: «Hemos escogido nuestro propio camino, y andaremos en él, cualesquiera que sean las consecuencias que dices que vendrán».<sup>7</sup>

Dios describió la forma de pensar de Judá como «gran fealdad» (vers.º 13). Este término se refería a algo horrible e irracional. Se podía confiar en la naturaleza, ¡pero no en Judá! La cima cubierta de nieve del Líbano se mantenía siempre así, y esa nieve se derretía para convertirse en un arroyo de aguas frías que corrían. Se podía observar la fidelidad en la corriente que fluía por el cauce de aquel refrescante arroyo que venía de una tierra extranjera.<sup>8</sup> Este ejemplo proporcionaba lecciones para Jeremías: 1) La fidelidad de lo que ocurre en la naturaleza contrastaba marcadamente con la infidelidad del pueblo de Dios. 2) Dios sería una refrescante lluvia de bendiciones para Judá, pero esta lo había dejado y andaba siguiendo a ídolos inútiles por sendas, y no a Dios por el camino transitado de Él (vers.ºs 13-15).

A continuación se enumeraron los resultados de la rebelión de ellos: la tierra sería puesta en «desolación», de modo que sería objeto de burla y causa de asombro; y el pueblo de ella sería esparcido (9.16; 13.24; Deuteronomio 28.64-66). Dios daría la espalda a este pueblo que había apartado su corazón de Él.

En el versículo 18 vemos la razón por la que Jeremías se sentía solo y pensaba que le excedían en número. ¡Había tres grupos batallando en contra del profeta! ¡Estaban los sacerdotes (6.13-15), los profetas (5.13, 31) y los sabios (8.8), todos corruptos, que se oponían a todo mensaje que él presentaba, y lo negaban! El resultado fue evidente

<sup>7</sup> James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations (Jeremías y Lamentaciones)*, Bible Study Textbook Series (Joplin, Mo.: College Press, 1972), 361.

<sup>8</sup> Da la impresión de que a Dios le gusta contrastar la fidelidad extranjera con la infidelidad y la vanidad del propio pueblo que Él había escogido para que le sirvieran (vea 2.9-13; 35.1-19).

cuando el pueblo resolvió «herirlo»<sup>9</sup> de lengua. Estaban dispuestos a atacarlo y a no «[atender] a ninguna de sus palabras».

## EL PROFETA RUEGA A DIOS (18.19-23)

Jeremías rogó a Dios que lo oyera a él con un oído, y a sus oponentes con el otro (vers.º 19). Jeremías temía que el bien que él había hecho, iba a ser pagado por el mal que ellos harían (vers.º 20).

Continuó diciendo Jeremías: «Acuérdate que me puse delante de ti para hablar bien por ellos, para apartar de ellos tu ira». La esencia de su ruego era doble: 1) Le pidió a Dios que se «acordara» que estuvo dispuesto a hablar bien por el pueblo. Note, sin embargo, que este ruego se presenta en tiempo pasado. 2) El profeta estaba preparado para el horrible castigo que se infligiría a este pueblo, y que Él había proclamado con tanta valentía (vers.ºs 21-22). ¡Qué terrible sacudida la que él declaró! Dijo que los hijos de ellos serían entregados a hambre, y que serían muertos brutalmente. Añadió que las mujeres serían afligidas, se quedarían sin hijos y viudas, y que los hombres serían puestos a muerte, y los jóvenes heridos a espada. ¡Se oiría clamor de sus casas, cuando fueran rodeados repentinamente por invasores!

Jeremías aceptó el castigo divino porque había visto los ataques personales que se habían planeado en su contra. Le estaba pidiendo a Dios que hiciera «tropezar»<sup>10</sup> y humillara a sus enemigos en el tiempo de Su enojo (vers.º 23). ¿Por qué vemos este abrupto cambio? Se dan tres razones: «[han] cavado hoyo a mi alma» (vers.º 20); «cavaron hoyo para prenderme» (vers.º 22); «a mis pies han escondido lazos» (vers.º 22).

¡Los impulsos vengativos afloran cuando las fuerzas del mal se dirigen contra nosotros en lo personal! Si Jeremías hubiera podido mirar al futuro, al Mesías de quien profetizaba (23.5; 30.9), oyendo el angustiante clamor que se oiría en la cruz, y que diría: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23.34), es seguro que se habría inclinado delante del espíritu misericordioso del Salvador (1<sup>era</sup> Juan 4.14). No hay duda de que Jeremías se hubiera maravillado de la dramática

<sup>9</sup> Vea la definición de *nakah* en el pie de página 11, de la lección «¿Por qué nos hiciste herir?».

<sup>10</sup> Del hebreo *kashal* —«... titubear [...] tambalearse [...] carecer de fortaleza [...] cansado, exhausto [...] tropezar [...] estar hecho una miseria, Ez. 33.12 [...] hacer que fracase» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldean Lexicon [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius]* [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 418).

demostración de misericordia y de gracia que se dio cuando Jesús clamó por perdón para la turba que se burló de Él y que procuró Su muerte. Jeremías no tuvo la oportunidad de comparar las palabras de Jesús con su propio clamor, cuando dijo: «no perdones su maldad, ni borres su pecado de delante de tu rostro» (vers.º 23). Si hubiera tenido tal

oportunidad, lo más seguro es que habría clamado diciendo: «Hijo de Dios, ¡estabas pasando por tus mejores momentos!».

Si el mal se presentara en su senda, ¿se comportaría usted como Jeremías, o como Jesús? Si las personas le trataran injustamente, ¿reaccionaría usted como un débil ser humano, o como Jesús lo hizo?

©Copyright 2004, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS